

III

—Señor Derstal, oiga usted esta romanza de mi hermano.... Verdaderamente Harry tiene mucho talento; verá usted....

Con traje de baile, descotada, con los hermosos cabellos anudados sobre la cabeza, como un casco negro, miss Brandón, instalándose frente al piano, en el saloncito de su madre, y sosteniendo una hoja de papel de música, había empezado á cantar.

—Yo le suplico, miss Susana—dijo Derstal,—que me permita acompañarla....

Cogió el manuscrito, lo recorrió rápidamente con los ojos, hizo una ligera mueca, y devolviendo la hoja de papel á la joven, agregó:

—Vamos, yo la sigo.

Susana, con voz infantil, empezó á cantar la incolora y pretenciosa melodía de Harry Brandón. Se esforzaba para darle intenciones que no tenía, y levantaba los ojos con aspecto enfermizo para susurrar:

Bècause I love you! Ah!..... ah! ah!

Bècause I love you!

Derstal dejó oír un sonoro acorde para terminar, y volviéndose hacia la americana, le dijo:

—Canta usted esta melodía deliciosamente.

Susana enrojeció de satisfacción.

—Pero usted, señor Derstal, ¿qué acompaña-

miento ha tocado? No es el que ha escrito mi hermano....

Oliverio se echó á reír.

—No—dijo.—He improvisado.

—¡Santo Dios, qué hermoso es esto! ¿Por qué no escribe usted en la melodía lo que acaba de improvisar hace un momento?.... ¡Mi hermano se consideraría tan dichoso!

—Su acompañamiento es más que suficiente—dijo Derstal con indiferencia.—No he pretendido más que dejar las notas en sus manos, á fin de que usted cantase sin necesidad de inclinarse sobre el piano. No hay nada más difícil que leer música manuscrita. En los concursos del Conservatorio es uno de los ejercicios más temidos, y hasta los más hábiles suelen perderse.

El diálogo fué interrumpido por la llegada de la señora Brandón.

—¿Estaba usted haciendo música con mi hija, señor Derstal? Suzy, no puede usted estar más favorecida al recibir los consejos del maestro. Si, al menos, sabe usted aprovecharlos....

—El señor Derstal no me da consejos—replicó alegremente la joven;—no hace más que dirigirme lisonjas. Yo no sé por qué me figuro que él cree que tengo millones en la garganta, como se dice de las grandes cantatrices.... Pero esos millones son los de mi padre.

—Es usted una loca, Suzy.... Perdónela usted, señor Derstal.... Seguramente, Suzy, usted no

ganaría una fortuna con su voz..... Harto considero que sería una desdicha que tuviese usted los medios magníficos que permitieran á una mujer sobresalir por su talento, porque usted no lo necesita..... Vale más que esos dones admirables pertenezcan á una Eva Brillant....

Derstal se estremeció. Un ligero rubor subió hasta sus sienes, pero no recogió las frases de la señora Brandón. Parecía que examinaba atentamente la melodía escrita por el hijo de los dueños de la casa.

Después dejó la hoja de papel encima del piano, y dijo con negligencia:

—Para quien no hace de la música una profesión, no está nada mal.

—Vamos — dijo miss Brandón, riendo alegremente;—mi hermano está colocado, como yo, en la categoría de los aficionados con buenas condiciones. Afortunadamente, sir Brandón, con sus fábricas de Cincinnati, se ha encargado desde hace mucho tiempo de procurarnos la seguridad de la existencia.

—Vea usted, miss Susana—dijo Derstal pausadamente;—después de todo, esto es lo más seguro.

Los invitados llegaban, y la madre y la hija dejaron á Derstal para hacer los honores de la casa.

Desde que el compositor había entrado en casa de la señora Brandón, que le había asediado á invitaciones y ruegos en uno de los conciertos de la

melómana marquesa de Larsay, la intimidad se había establecido pronto entre él y los riquísimos americanos. La gracia seductora de Derstal había encantado en alto grado á la señora Brandón. Ésta había hecho el resumen de sus impresiones á su amigo Harvey con esta sola frase: «Uno se siente tanto más atraído hacia él cuanto que al dejarlo no se tiene nunca la seguridad de que se le volverá á ver.» La incertidumbre para esas gentes, á quienes el poder de sus millones da de ordinario una seguridad completa, había sido el más activo de los excitantes. Se habían entusiasmado con el compositor, y le habían levantado un altar en su salón.

Los gustos artísticos de su hijo Harry, que se daba aires de superioridad en todos los géneros, habían contribuido no poco á asegurar la influencia del joven maestro. El hermano de Susana era un yanqui flemático que concentraba en su cerebro toda la actividad de su raza. Escribía poesías, pintaba cuadros y componía música; siendo de notar que todo lo hacía con la misma insuficiencia. Pero esas aptitudes tan distintas, habían asombrado de tal modo á las personas que le rodeaban, que, á ojos de sus padres, aquel muchacho parecía destinado á realzar el prestigio de la joven América, mejor dotada hasta ahora desde el punto de vista industrial que desde el punto de vista artístico. Harry Brandón, después de varios ensayos en los distintos géneros que cultivaba, sólo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MÉXICO

había llegado á conseguir una escasa notoriedad de aficionado mundano. Walfrand, el pintor francés, cuyos retratos son tan celebrados en América, había dicho alegremente: «El joven Brandón ha conseguido triunfar realizando el *trust* de la mediocridad.»

El sueño de Harry no era otro que el de hacer representar una obra dramática en un teatro de París. Su padre había formado una sociedad en comandita para explotar un teatro lírico; pero la empresa había muerto después de algunos meses de explotación. Patrocinaba una nueva, que se fundaba en las ruinas de la antigua, y toda la combinación artística consistía en la promesa de representar una obra del joven Brandón y en perder, mientras se esperaba, todo el dinero de los accionistas con vagas exhumaciones de *Fanchonnette* y del *Caballo de bronce*. En este negocio el papel de Derstal se había reducido á encontrar un poema de forma soportable para el joven Harry, y no había podido hacer cosa mejor que recomendar al americano á Boucheville, el viejo autor dramático que hace cosas nuevas y arregla las viejas. Este, mediante un adelanto de veinte mil francos á cuenta de los futuros derechos de la obra, había entregado á su joven colaborador en el mes que había seguido á la negociación una *Atala*, drama lírico en tres partes, en el que el compositor debía encontrar ocasión de derramar á torrentes su inspiración y su originalidad.

—¿Usted ve, mi joven amigo?—le había dicho el autor dramático.—Usted podrá dar aquí una nota de color local. Los grandes bosques, las olas del Meschacebée y los indios. ¿Eh? La choza de la hermosa Atala.... Si usted no desarrolla semejante asunto con inspiración, no creeré en su porvenir. Pero usted va á hacer aquí algo sublime; lo adivino, sí, lo leo en sus ojos.

Durante algunas semanas Harry se había congestionado con el texto de su poema. Había golpeado su piano con furor, pero nada había salido. El coro de entrada del primer acto, en el que los jóvenes compañeros de Atala cantaban en los bosques próximos á la ciudad:

Bajo los grandes plátanos
De abiertas flores....

Este coro no había hecho brotar del cerebro de Harry ninguna inspiración musical. El joven permanecía mohino é indeciso ante el papel. Cuantas ideas se le ocurrían le parecían pobres de color. Todas las que en lo que al color se refiere carecían de ritmo. Harry se entristecía, adelgazaba, y cuando su madre le interrogaba afectuosamente, le contestaba con acento dolorido:

—Por muchas vueltas que le dé al asunto, no consigo acertar. No, lo que sale no es lo que yo busco. Me haría falta alguna cosa de.... ¡Ah!

Este «¡ah!», pronunciado con éxtasis y con los

ojos fijos en el cielo, expresaba todo cuanto de delicioso y sublime había en el sueño de Harry. Desgraciadamente, lo sublime se reducía á ese «¡ah!», y nada se adelantaba.

Entonces fué cuando Brandón, que sabía lo que es tratar un negocio, se decidió á hablar á Derstal.

Después de una comida íntima, mientras la madre y la hija estaban en el salón, el archimillonario se había llevado al compositor á su gabinete, y colocando ante él una caja de caoba, dentro de la cual los cigarros y cigarrillos de todos los tabacos y de todas las marcas se encontraban mezclados, dijo:

—Querido maestro, me siento muy molestado. Usted no ignora las admirables dotes que para el cultivo de las artes tiene mi hijo Harry. Usted mismo ha tenido la amabilidad de ocuparse en buscarle un poema para la ópera que la Comedia Lírica debe estrenarle la próxima temporada..... Se ha puesto al trabajo con un entusiasmo grandísimo..... Pero usted sabe lo que es la inspiración. El deseo de hacerlo demasiado bien paraliza á Harry, y antes de haber empezado su trabajo ya querría tenerlo listo. Se enerva, se excita..... En una palabra: se pone enfermo, y su madre se preocupa mucho. Usted comprende que tengo muchas cosas que hacer y es preciso que me dejen tranquilo. Yo pagaré todo cuanto sea necesario para tener paz..... Tengo mucho dinero, y la paz

no se paga nunca cara..... De manera que considero indispensable que Harry tenga cerca..... ¿Cómo lo diré? Un..... un ayudante que recoja sus ideas, que las ponga en orden y que le facilite el trabajo..... ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Sí, señor—dijo Derstal con tranquilidad.—Usted quiere que un compositor de oficio escriba la partitura de Harry Brandón.....

—No, no es precisamente esto. Las ideas de Harry son de tal modo especiales, que nadie podría escribir su partitura. Pero sería preciso que alguien anotase sus inspiraciones á medida que acuden á su cerebro, evitándole de este modo el grosero trabajo material.....

—Bueno, bueno; es lo mismo que yo decía, pero explicado de otra manera. Estamos de perfecto acuerdo. Se trata de poner un compositor de oficio al servicio de las fantasías musicales de su señor hijo.

—Esta vez ha acertado usted con las palabras que expresan lo que yo deseo—dijo Brandón encantado.—Sí, es esto mismo. Pues bien: ¿créese usted que alguien se encargaría?..... ¿Alguien que fuese simpático y abnegado?.....

Derstal adivinó que el americano iba á proponerle que escribiese la partitura de *Atala* para el joven Harry, y se estremeció de terror. Hizo un gesto de enérgica protesta, y dijo:

—Espere usted, déjeme reflexionar un mo-

mento..... Yo creo, sí, yo creo que tengo lo que á usted le hace falta.

El americano frunció el entrecejo. Le gustaban las cuestiones claras y las soluciones francas. Había hecho una proposición. Derstal contestaba con un aplazamiento, y como esto no podía convenirle, agregó:

—Yo pagaré cuanto sea necesario. ¿Usted me comprende bien? Cuanto sea necesario para que Harry no tenga dificultades, yo me evite enojos, y para que todo el mundo en casa esté alegre y dispuesto. Fabouillot, el director de la Comedia Lórica, me ha hecho ya entregar veinticinco mil dollars..... Me pide diez mil más todavía..... Pero esto no supone nada. Lo importante es que todo el mundo en mi casa esté contento, y que yo no oiga más suspiros á las horas de almorzar y de comer..... Me dice usted que cree contar con alguien para que me preste el servicio que le pido..... ¿Cuándo me designará usted á esa persona?

El americano miró á Derstal como desde lo alto de todos sus *trusts*, y agregó con sequedad:

—Usted sabe que ningún músico tendrá bastante mérito para secundar á Harry..... Y sobre todo al precio que voy á pagarle.

Derstal esta vez se enfadó:

—Querido señor: cuando no se habla más que de pagar, no se puede exigir más que lo que se encuentra por dinero. Y cualquiera que sea la

cantidad que usted dé, siempre quedará en deuda con el artista.

Brandón sonrió.

—Muy bien — dijo. — Por sus palabras comprendo que será un hombre notabilísimo en todos conceptos. Es todo cuanto deseo. Nosotros en América sólo tenemos orgullo cuando nos lo podemos permitir; pero ustedes en Francia son extraordinarios: cuanto más pobres, más altivos.

—Sí, señor; esto es debido á que no tenemos más que nuestra altivez.

Se dirigieron al salón, y en las miradas que se cambiaron entre Brandón, su mujer y su hija, Derstal comprendió fácilmente que todos estaban de acuerdo para llevarlo á engancharse al carro musical del joven Harry. La madre y la hija esperaban sonrientes una declaración afirmativa; pero el rostro cerrado del padre hizo desvanecer todas sus esperanzas. Después de semejante decepción, tuvieron que hacer un esfuerzo para mostrarse amables. La hermosa Susana se repuso prontamente, y con su libertad acostumbrada se acercó al compositor y canturreó alegremente. Era un género de ejercicios que satisfacía á Derstal bastante más que las tentativas de corrupción artística de mister Brandón. Se tranquilizó bajo la influencia de las miradas de la encantadora americana, y cuando se marchó, cerca de las once, todos los trazos de su disgusto habían desaparecido.

Al día siguiente por la mañana se dirigió á

casa de Pinchart, y lo encontró en su gabinete compartiendo con sus dos gatos su café con leche cotidiano. El músico, al ver entrar á su amigo, no fué dueño de contener un grito de asombro.

—¡Cómo! ¿Eres tú? ¿Antes de las diez? ¿Qué es lo que pasa?

Derstal dejó su sombrero encima del piano, se sentó frente á su amigo, y acomodando á uno de los gatos sobre sus rodillas, dijo:

—Pinchart, ¿quieres ganarte veinticinco mil francos?

—¿Es una broma? ¿Haciendo qué?

—Una partitura de ópera.

—¿Para dónde?

—Para la Comedia Lírica.

—¿Fabouillot quiere una obra mía?

—Fabouillot quiere una obra, pero no sabrá que es tuya.

—Entonces, ¿de quién será?

—De un joven ruiseñor del gran mundo, que quiere cantar y no tiene voz.

—¿Y desea que Pinchart cante por él?

—No. Él no conoce á Pinchart. Es amigo de Derstal, á quien ha expresado sus deseos, y á quien ha encargado que le busque un compositor.....

—¡Dispuesto á todo!—agregó Pinchart con amargura.

—¡Pinchart!—dijo Derstal en tono de reproche.

—Perdóname, mi querido Oliverio — dijo el

músico estrechando la mano de su amigo.—Soy un ingrato. Yo no debería acoger tu oferta de otro modo del que está hecha, con cordialidad. Sabes que no me sobra el dinero y vienes á proponerme una fortuna. Es muy de agradecer. ¿Veinticinco mil francos? ¡Demontre! Son toda una cantidad. Una obra en nuestra Ópera nacional no reporta tanto, á menos que éntre á formar parte del repertorio. Yo debería saltar de alegría, porque al fin y al cabo se me presenta una ocasión para hacer música, y Dios sabe lo raras que van siendo estas pícaras ocasiones. Bien es verdad que sería con el nombre de otro, cosa que hace variar mucho la perspectiva. No queda más que el provecho..... Los veinticinco mil..... Pero la gloria.....

—Pinchart, tú sabes muy bien que cuando yo era pobre y desconocido escribí muchas cosas para los demás.

—No una ópera. Si te lo hubieran propuesto no hubieras aceptado. Cuando te propusieron escribir una opereta para la *Gaité*, con tu nombre, ¿consentiste? Sin embargo, estabas muriéndote de hambre. Respetaste tu porvenir, tuviste confianza, no quisiste hacer comercio, y has recibido la merecida recompensa. ¿Me estimas menos de lo que te estimabas tú mismo, para venirme á ofrecer menos aún de lo que tú rechazaste?

Derstal no contestó. Su rostro se había entristecido. Las altivas palabras de su amigo, pronunciadas en aquel cuadro de pobreza, caían sobre su

corazón, oprimiéndolo. Le parecía que no era el mismo hombre que en la época en que rechazaba un trabajo que juzgaba indigno de él. Era, pues, el lujo de la vida nueva, las dulces languideces de su felicidad, las frívolas relaciones mundanas lo que enervaban su vigor y disminuían su orgullo. Acarició con algo de rudeza el lomo del gato que dormitaba en sus rodillas. Éste se irguió, le miró con sus ojos amarillentos, fijos y altaneros, y saltó al suelo con desdeñosa independencia. Derstal sonriendo, dijo:

—Este gato me acaba de dar una lección; no se deja acariciar más que del modo y manera que le complace.

—¡Ah, mi querido Oliverio!—dijo Pinchart con entusiasmo.—Yo te comprendo bien, y sé que te das perfecta cuenta de que comprometes tu talento en la vida fatigosa y vacía que observas. Entonces, ¿por qué no renuncias á ella? ¿Qué es lo que vas á hacer en sociedad? Explicame qué placeres encuentras. ¿Acaso tu vanidad se siente halagada por la admiración de todos esos *snobs*? Pero no, no puede ser, pues ni siquiera te comprenden. No es allí en donde deberías pasar tu vida. Tienes otras afecciones más seguras, más nobles, más preciosas. Y esas afecciones, ¿no las descuidas?

Derstal palideció.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso Eva se habrá quejado de mí?

—Dios mío, antes se moriría. Es demasiado

orgullosa. Pero tus amigos tienen ojos y oídos, y saben ver lo que haces y oír lo que de ti se cuenta. Están entristecidos.

—¡Pinchart!

—¡Ah! Esto es algo más grave que escribir música para los demás. Tú, ni siquiera escribes la que se espera de ti. ¿Cómo está tu *Veneciana*? Siempre en el segundo acto.... Y en los periódicos se anuncia para fin de temporada. ¿Escribirás dos actos en tres meses, ó faltarás á los compromisos que con la Opera tienes contraídos? Son más de veinte los que esperan en la puerta para acechar las ocasiones y hacerse representar. Tú mismo se las vas á proporcionar, y sólo por culpa tuya. Tú merecerías que cualquiera de ellos se te adelantase. Pero ¡bah! Puedes estar tranquilo, pues no hay entre ellos ningún Derstal. Tú lo sabes, y te ríes de sus esfuerzos. Pero es lo mismo; tu carácter no está á la altura de tu talento, y no mereces el éxito.

Derstal, ante estos reproches afectuosos y severos, bajó la cabeza y permaneció un instante sin hablar. Al fin dijo con tristeza:

—Tienes razón, mi buen Pinchart, y todo cuanto acabas de hacerme oír es verdad. He perdido algo la cabeza en estos últimos tiempos, pero voy á tranquilizarme y á reanudar el trabajo. Tú no puedes saber lo absorbente y costosa que es la vida que llevo.

—Claro, quieres rivalizar con gentes que tienen

rentas muy crecidas, y á este juego no ganarás nunca. Tú no tienes dinero más que cuando trabajas, y á ellos los fondos les llegan muy naturalmente á sus cajas, sin que tengan otra cosa que hacer que cortar cupones ó dar papelitos firmados. Verdaderamente la partida no es igual. Además, para esas gentes el tiempo no tiene ningún valor. Su única ocupación consiste en matarlo, combatiendo el aburrimiento del mejor modo posible. Á ti te sucede todo lo contrario: tu tiempo es precioso. Los años que están pasando son aquellos en que tu inspiración ha de ser más fresca y más poderosa. Para ti sería preciso que en este momento pudieses vivir por partida doble, y derrochas tus días y tus noches con esos seres inútiles é incapaces. ¿Sabes el efecto que me causas? Pues el mismo que me causaría un hombre que jugase luises de oro contra fichas de hoja de lata. Sales engañado, Derstal. Esas gentes de mundo, con sus reuniones, comidas y veladas, te roban tu talento, te estafan tu gloria, y cuando te hayan agotado, arruinado y fastidiado, te dejarán en un rincón, y con su risa de idiota sabrán decir: «Decididamente ese Derstal no tenía ningún porvenir. Supo producir una hermosa obra, pero ha defraudado las esperanzas que se habían fundado en él. Nosotros concedimos demasiado honor á este muchacho acogiéndole entre nosotros y permitiendo que nuestras mujeres y nuestras hijas «flirteasen» con él, al tiempo que le trataban de ilustre y que-

rido maestro. ¡Bah! Busquemos otro, y, á ser posible, procuremos que tenga un poco más de consistencia.»

El músico fijó en Derstal sus ojos, en los que se leía la mayor convicción y la más grande energía.

—Oliverio, te digo todas estas cosas en el preciso momento en que es necesario que las escuches; más tarde sería inútil. Todavía no tienes más que un dedo dentro del engranaje, y puedes, haciendo un solo esfuerzo, echarte atrás. Tu carrera se decide en este momento. Retrocede á tu sencillez de los días de trabajo; vuelve á tus verdaderos amigos, y no abandones la obra emprendida. En algunos meses terminarás tu partitura, y dejarás anonadados por un éxito extraordinario á tus envidiosos y á tus cortesanos. Si entonces quieres reaparecer en el mundo, podrás hacerlo triunfador. En vez de parecer que recibes los favores de esos ociosos, que hacen de ti la bestia rara de sus salones, serás tú quien les harás la merced de recibir sus cumplidos y sus alabanzas. Pasarás entre ellos, sin detenerte más que los momentos necesarios para asegurar tu renombre y mostrarte en todo tu esplendor. Pero tu vida, tu verdadera vida, continuarás pasándola entre tus abnegados compañeros, cerca de la mujer que tanto te quiere. ¡Vamos! Vuelve en ti: abre los ojos, y verás que te encuentras en un callejón sin salida. Es preciso retroceder y emprender de nuevo el camino del trabajo y del éxito.